

Ana Mariella Bacigalupo

Thunder Shaman. Making history with Mapuche spirits in Chile and Patagonia

Austin, University of Texas Press, 2016, 288 págs. ISBN 978-1-4773-0880-6

Esta investigación se centra en la personalidad de la machi Francisca Kolipi (1921-1996), plena de transgresiones a su oficio pero, al mismo tiempo preocupada de conservar la historia de la comunidad de Millali, cercana al pueblo de Quepe en la Región de la Araucanía en el centro sur de Chile. Había nacido en la Patagonia argentina que desde antiguo formaba parte del *wellmapu* o territorio mapuche, segregado tras el tratado de límites entre Chile y Argentina (1881). Hija del mestizo Juancito Kolipi y de Juana Lefian pasó su niñez y adolescencia junto a ella y a su abuela materna Francisca Lefian, pues el padre emigró a Argentina, perdiéndose sus rastros ya que nunca se reconoció como mapuche. Los progenitores de Juancito eran *wingkas* (no mapuches) y decidieron darla en adopción a la viuda de Juan Kolipi originario de la Patagonia y asentado en Millali después de la batalla decisiva entre mapuches y chilenos (1883). Por nacimiento, Francisca era mestiza (*champurria*) y *awignkada* o cercana a las costumbres occidentales. Contrajo matrimonio a los diecisiete años con Horacio Kalfuñir, procreando tres hijos. Cuando falleció el marido, consideró como propias las tierras del difunto negándose a abandonar la comunidad. Su cuñado Tomás Kafuñir le permitió quedarse, conviviendo con ella pues rechazó casarse.

La segunda protagonista de esta historia es la machi Rosa Kurin (1873-1955), hija de padre mapuche y de madre alemana, de quien heredó la cabellera colorina y los ojos azules. Nacida en Neuquén, Patagonia argentina, a los diez años se asentó junto a su madre en Millali, escapando de las atrocidades cometidas durante la Conquista del Desierto comandada por el general Julio Argentino Roca, donde fueron adoptadas por Manuel Lefian, primo de su padre, el longko Kurin, quien había capturado a su mujer durante un *malón* contra las estancias de Buenos Aires. Él, como jefe del linaje, estaba en posesión del *tralkan cura* (piedra del trueno) que legó a su esposa e hija como protección, ya que poseía el espíritu de los antiguos guerreros chamanes patagónicos. A poco de establecerse allí, Rosa tuvo una visión de un toro que trepaba a la cima del cerro de Millali, transformándose en dos piedras. Rosa escaló a la colina cayendo en trance junto a un enorme boldo, árbol que según creencias locales poseía ancestrales poderes espirituales. Sobre su cabeza cayeron relámpagos formando un círculo en torno a ella. Así se inició, a los doce años, como una machi del relámpago. Luego se casó con Ignacio Huenchuñir, perteneciente a una apreciada familia millalina. El matrimonio no tuvo hijos. Sin embargo, Rosa fue madre de cuatro vástagos engendrados por otros hombres. Un quinto, Juan Benito, fue producto de una seducción al coronel Gregorio Urrutia, comandante de las fuerzas que luchaban contra los mapuches. Ello salvó de la masacre a Millali y a su vecina Imilco y aseguró la protección del coronel a dichas comunidades, además de contar con los poderes chamánicos de Rosa.

La autora es la tercera protagonista, pues a lo largo de los años que practicó la observación participante y por la amistad que la unió con Francisca se involucró en los hechos narrados como una auto-etnografía. Los abuelos y parientes por vía materna tenían una hacienda en Río Negro, Patagonia argentina, donde pasaba los veranos. Allí se relacionó con trabajadores temporeros mapuches de Quepe que conocían a Francisca. El predio se hallaba cercano al lugar de nacimiento de Rosa Kurin, por lo que Francisca había escuchado hablar de su familia mucho antes de que se conocieran en 1991. Poco antes, Ana Mariella había sido adoptada por el longko de la comunidad de Nahuehual, Eulalio Ancao, como su sobrina.

La familia de Eulalio la invitó a los eventos y rituales comunitarios, presentándoles a los miembros asistentes y a las machis, entre las que se encontraba Francisca a quien comenzó a visitar asiduamente. Cuando se enteró de que el padre de la antropóloga era en parte indígena quechua, la consideró *champurria* como ella y la machi Rosa, vínculo común que de alguna manera las entrelazaba en el mundo espiritual en que se movían. Ello la motivó a adoptar como nieta a la autora.

Francisca se convirtió en machi tras el terremoto que afectó el sur de Chile en 1960, cuando el espíritu con los poderes curativos de Rosa cayeron sobre ella en forma de un rayo poseyéndola para convertirla en machi, entregándole el *kultrum* y los conocimientos de los remedios que debía usar para distintos males. Tenía treinta y nueve años, edad muy avanzada para adquirir la sabiduría que otorgan los poderes chamánicos. Se le atribuyó el haber salvado de la destrucción a Millali y la reconocieron como machi. Careció de una iniciación formal, lo que le acarrearía resistencia de la comunidad junto con su condición de nieta de Filomena Lefian a la que se le atribuía ser bruja por su carácter vengativo y cuestionable moralidad, situación que habría heredado Francisca. Como contraparte, su abuelo era primo de Rosa Kurin, lo que permitió a Francisca establecer una relación de parentesco espiritual con el matrilinaje de Rosa, recibiendo su espíritu y cualidades, para conformar una hermandad de machis que traspasan, una vez muerta, sus poderes a la elegida para albergar la energía chamánica de la difunta, otorgándole autoridad espiritual, moral y judicial sobre su comunidad. Sin embargo, los conflictos entre los grupos familiares de Millali impidieron su aceptación general; mientras los Kalfuñir y Huenchuñir la consideraban salvadora, los Millañir, por lo contrario, estimaban que ella había provocado el terremoto y la culpaban del despojo de sus tierras que los obligaba a trabajar como jornaleros en las posesiones territoriales de chilenos y alemanes.

Francisca tenía moral católica, incorporando símbolos cristianos a sus prácticas espirituales, en las que se expresaba en mapuzungun. Había soñado que la virgen María, la luna y Jesús estaban entrelazados inextricablemente y la dotaron de la capacidad para mejorar la abundancia, fertilidad y bienestar a sus pacientes. Poseía, además la “piedra del trueno” que tenía un incontrolable espíritu autónomo que solo favorecía a machis escogidas. Las palabras de Francisca son ilustrativas al respecto: “Puedo controlar la lluvia, el trueno y los terremotos. Por eso soy una poderosa machi del trueno”.

En su casa, la machi mantenía una Biblia católica que para ella contenía una historia de inspiración divina por lo cual la narración era verdadera. Consideraba que su historia era también una poderosa verdad celestial que quería consignar en una propia biblia escrita por su “nieta” etnógrafa. Francisca tenía un propósito claro para su biblia: Dejar testimonio de que era una buena machi. En palabras, casi textuales, de la escribana: “Las identidades mutables y múltiples de Francisca, como también las mías, la llevaron a pensar que si aprendía su práctica chamánica a través de los sueños y rituales, podría escribir un texto que la reemplazaría después de morir, transformándose en un potente objeto chamánico con función performativa (enunciado que con solo expresarlo existe). El libro guardaría y textualizaría su poder, haciéndolo circular a través del tiempo y el espacio, sanaría y posibilitaría la comunicación entre los vivos y los muertos y entre los mapuches y no mapuches. Sería una historia chamánica y desafiaría la comprensión de los mapuche y su sociedad”. De esa forma la autora nos introduce en el sentido de la historia mítica nativa, contrastándola con la historia nacional, cuyos episodios resaltantes se incorporan en el relato chamánico en el cual la noción del tiempo no es cronológica como en la occidental. Así

pueden mezclar historias ocurridas en un mítico mundo anterior al tiempo con etapas de la historia actual: pasado remoto, pasado reciente, presente y futuro, en las que interactúan seres mitológicos, espíritus de elementos de la naturaleza, animales y humanos, como la autora demuestra en diferentes pasajes de la “biblia”.

Así, Francisca, montada en su caballo, investida por los espíritus guerreros, da a conocer los mensajes de los espíritus a sus coterráneos. Ellos la protegen y castigan a quienes atentan o destruyen sus lugares sagrados donde cae en trance y recibe visiones de lo que sucederá en el futuro, imbricando el presente con el pasado y lo venidero.

Francisca no estaba ajena a los conflictos al interior de su comunidad y entre ésta y sus vecinos, producto de la pérdida de tierras y la angustiante presencia de colonos y empresas forestales que alteraban el medio ambiente mítico en que se movía. Tampoco escondía su admiración por Augusto Pinochet y su gobierno dictatorial. Los motivos que la movían entre la animadversión y la admiración están agudamente expuestos y analizados. Soñaba con su muerte pero no la afligía. Ella ya la había experimentado varias veces antes y volvía a la vida. Sus hechos y enseñanzas no serían olvidados porque estaban escritos con caracteres occidentales en su “biblia”. Por otra parte, como machi del trueno su espíritu se albergaría en el espíritu de la machi que heredaría sus poderes.

Ana Mariella Bacigalupo, elegida por Francisca como su asistente ritual, pasó muchos años con la machi empapándose con su historial espiritual y los sucesos reales, sus visiones del mundo mítico, sus sueños, rituales y lugares que protegía por estimarlos sagrados, su identificación con Rosa Kurin, cuyo espíritu le había dado la personalidad y poderes hasta tal punto que ella decidió agregar su apellido para reafirmar los vínculos que las unían. Así pasó a ser Francisca Kolipi Kurin, la machi transgresora que montaba su caballo como hombre, se emborrachaba, lanzaba improperios, se negaba a contraer matrimonio cuando enviudó y que no dudaba en recetar remedios de la farmacopea occidental cuando las yerbas parecían no surtir efecto. El mérito del libro en comento reside en que leyendo sus páginas uno no puede dejar de fascinarse con el personaje y la forma en que su *asistente* analiza y teoriza, comparando con etnografías de otros chamanes sudamericanos, asiáticos o africanos, lo observado. Si se acepta una sugerencia, propondría que contuviera un glosario con las palabras en mapuzungun para alivianar la lectura.

Esta singularidad impide que sea un modelo de las machi mapuches, pues las comunidades aún mantienen resabios de lo que observaron los conquistadores hispanos en el siglo XVI. Eran grupos corporados, territoriales y consanguíneos que mantenían su propia estructura jerárquica no aceptando la intromisión de extraños al linaje. Así lo expresa Antonio Paineкура, historiador oral mapuche: “Nuestra historia es la historia de la familia y las estructuras sociales que posee rewe y aillarewe. Pero si creamos una historia de familia, y yo soy wenteche, entonces no me identifico con las familias nangeche, y ahí no hay historia”¹.

OSVALDO SILVA GALDAMES
Universidad de Chile

¹ Citado por Ana Mariella Bacigalupo, pág. 145. Traducción mía.